

Jesús Espeja

HUELLAS CON FUTURO
en algunos signos de nuestro tiempo



Religión Digital Libros

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO – 2013

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	13
I.- MARCOS EN QUE NOS MOVEMOS	19
1. Valor sacramental del mundo	20
1.1. La historia entra en la constitución de la Iglesia.	21
1.2. Salir del eclesiocentrismo	24
1.3. Superar el dualismo maniqueo	25
1.4. Cómo entender el diálogo.	27
1.5. Espiritualidad «mundana»	28
2. Dignidad de la persona humana	30
2.1. Puestos en manos de nuestra propia decisión	30
2.2. Autonomía legítima de las realidades seculares	31
3. Dinámica de discernimiento	32
3.1. Saber mirar	34
3.2. Desde dónde discernir	35
3.3. Momento propicio.	36
II.- UN PAPA LLAMADO FRANCISCO: SENSIBILIDAD EVANGÉLICA . . .	37
1. El gesto profético de Benedicto XVI.	38
1.1. La Iglesia, pueblo de Dios	39
1.2. Significado y ejercicio del ministerio papal . .	40

2. Una Iglesia en proceso de conversión	42
2.1. Los bautizados ¿creemos en la Iglesia?.	42
2.2. Cómo transmitir el Evangelio al mundo actual	47
3. Hacia una nueva etapa de posconcilio	49
 III.- LA GLOBALIZACIÓN RECLAMO DE FRATERNIDAD	 55
1. Nueva conciencia y responsabilidad	56
1.1. Patología de la modernidad europea.	57
1.2. Una casa de todos y un destino común.	58
2. Crisis económica, solidaridad y misericordia	61
2.1. Contra el individualismo, espíritu fraterno	61
2.2. El 15-M: La indignación es el primer paso.	64
2.3. Cambiar la jerarquía de valores	70
2.4. Despunta ya otro enfoque de la economía	72
2.5. La protesta de la tierra malherida.	76
2.6. Hacia una lógica de la misericordia	77
3. Medios de comunicación: oportunidad para el diálogo.	81
3.1. Acotando el terreno	82
3.2. Aspectos positivos y riesgos.	83
3.3. Se impone un cambio de orientación	86
3.4. Medios de comunicación alternativos.	87
3.5. La ética del comunicador.	89
 IV.- EN RELACIÓN CON LOS OTROS: CRECER EN HUMANIDAD	 93
1. Migraciones: todos invitados a la mesa de la creación.	94
1.1. Una cuestión ética.	96
1.2. Inspiración teológica	99
2. Interculturalidad: emerge lo común humano	100
2.1. ¿Qué entendemos por «cultura»?	101
2.2. ¿Qué es la interculturalidad?	102
2.3. Camino hacia la solidaridad	103

3. Los empobrecidos toman la palabra.	106
3.1. El hambre en el mundo	106
3.2. Emancipación de la mujer	107
 V.- REVOLUCIÓN CULTURAL; DIGNIDAD DE LA PERSONA.	 113
1. Sexualidad para la comunicación.	114
1.1. Hacia una visión integradora.	114
1.2. ¿Una ética cristiana sobre la sexualidad?	115
1.3. Un cambio de paradigma.	117
1.4. Algunos temas debatidos hoy	119
1.5. Saldo positivo de la andadura	122
2. ¿En qué valores educar a las nuevas generaciones?.	123
2.1. Legitimidad y necesidad de una ética secular	124
2.2. ¿Qué aporta la fe cristiana?	127
2.3. Sugerencias que vienen al caso	128
2.4. Oportunidad para dar un paso adelante	130
 VI.- ECLIPSE DE DIOS; IDENTIDAD CRISTIANA	 133
1. Repensar la religión	134
1.1. En el contexto de secularización.	134
1.2. «Exculturación» de la religión cristiana	136
1.3. Espiritualidad sin religión	137
1.4. Crisis de fe dentro de la Iglesia	138
2. Aurora para la novedad cristiana	139
2.1. La presencia ignorada de Dios.	139
2.2. Densidad teológica de la fe	140
2.3. Fe cristiana y prácticas religiosas	141
2.4. Una moral que promueva la subjetividad	142
2.5. Del eclipse de Dios al «Dios desconocido» pero amado	144
 EPÍLOGO. LA ESPERANZA, «ESA NIÑITA DE NADA»	 147

PRESENTACIÓN

1. El Apocalipsis de Juan es un libro profético; lee la realidad turbulenta de su tiempo y abre una perspectiva de liberación, invitando a descubrir la presencia del Espíritu en la historia: «estoy a la puerta y llamo». La puerta nos separa de lo extraño; al abrirla nos exponemos al aire que viene de la calle y a las voces que no nos son familiares. En esos aires nuevos está llegando el Espíritu que sopla donde quiere y continuamente renueva la faz de la tierra.

Según la tradición bíblica, Dios es alguien que como Palabra y Espíritu está siempre viniendo en los acontecimientos históricos, originando, sosteniendo e impulsando a todos y a todo. Es Dios-conosotros, una presencia encarnada que de algún modo continúa el Espíritu a lo largo de la historia. Quiere decir que al Invisible sólo llegamos a través del eco que su presencia deja en la intimidad de las personas y en los anhelos profundos que la humanidad respira en los dinamismos sociales y en la evolución del tiempo.

Sobran profetas de calamidades que sólo ven desgracias y peligros en los acontecimientos del mundo. Hay que mirar con los ojos del corazón para en el leve susurro del silencio, como el profeta Elías, vislumbrar el paso de Dios en lo que sucede cada día. «Si alguno escucha mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaremos juntos». Abrir la puerta es abrirnos a lo nuevo y diferente que, sin

control nuestro va surgiendo en una historia cambiante. San Bernardo recomendó al papa Eugenio III: «debes examinar atentamente lo que la época espera de ti». Nueve siglos más tarde Juan XXIII propuso como tarea permanente de la Iglesia releer los signos del tiempo para descubrir en ellos la llamada del Espíritu.

2. Si creemos en la encarnación del Verbo, la historia tiene valor sacramental. En ella se hace presente y está viniendo siempre a nuestro encuentro el Creador que a todo sostiene y alienta. Pero como sacramento, esa historia tampoco agota la realidad que simboliza; implica cierta oscuridad y se presta fácilmente a manipulaciones que la falsean. Por eso hay que discernir la presencia de Dios en la compleja fisonomía de nuestro tiempo. Con esta perspectiva el Vaticano II indicó bien el camino a seguir: «es necesario conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones, y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza». Pero como la historia camina ya bajo el hálito del Espíritu, en las nuevas tendencias culturales, en los deseos que manifiestan los seres humanos, y en los empeños que ocupan su vida, podemos y debemos vislumbrar «los signos verdaderos de la presencia y de los planes de Dios»¹.

Estamos viviendo en una cultura de cambios acelerados que casi es imposible acompañar; cultura «líquida» dicen algunos. En un contexto de mutaciones profundas se desvanece una época y surge otra nueva para cuya construcción no hay un modelo preestablecido; la desigualdad entre ricos y pobres es abismal; los seres humanos quieren ser ellos mismos pero se ahogan en el propio intento. En esta situación compleja e inestable la tentación es resguardarnos de la intemperie como los dioses babilónicos cuando en el diluvio se desbordaron las aguas.

1. Constitución “Sobre la Iglesia en el mundo actual” (*Gaudium et Spes*, GS), 4 y 11.

La tentación es paralizarnos ante una situación que tambalea nuestras posiciones y recomienda buscar individualmente seguridades, sin meternos en más dibujos. Debemos abrir los ojos y caminar hacia delante sobre las aguas. Hay signos positivos que como destellos de humanismo nos permiten mirar confiadamente hacia el porvenir y nos invitan a construir el futuro conscientes de que estamos salvos pero todavía «en esperanza». Una conciencia imprescindible que suscita en nosotros el coraje para hacer frente a los problemas sin crispación ni resentimientos.

3. Como primer paso necesitamos acercarnos a las características de nuestro tiempo y escuchar los rumores de trascendencia. Solo así podremos discernir los signos del Espíritu y en nuestra condición de cristianos, aportar modestamente el Evangelio. Digo modestamente porque a veces nos cuesta bajar de nuestras seguridades al constatar que desde la fe no tenemos recetas para problemas nuevos.

Independientemente de cómo la interpretemos, es innegable que nuestra situación social está cambiando mucho en las últimas décadas, y estos cambios afectan inevitablemente a la condición de la Iglesia y a su presencia en el tejido social. Se viene repitiendo que estamos en un cambio de época; está surgiendo una nueva cultura con nuevos paradigmas, patrones o referencias de comprensión, mientras la Iglesia sigue funcionando con paradigmas, mentalidades y prácticas medievales. Aunque para muchos bautizados el Evangelio es fuente de sentido, vemos la baja en la práctica religiosa y el abandono de otros bautizados a veces con marcada dosis de agresividad contra la Iglesia. La indiferencia religiosa es masiva porque se da en todos los sectores de la sociedad. En el seno de la Iglesia se pone difícil el relevo en las generaciones más jóvenes y cuesta mucho encontrar sendas para transmitir el Evangelio en la nueva situación cultural.

Cuando la realidad humana es esencialmente abierta y los cambios son profundos como en nuestro tiempo, debemos acostumbrarnos a la itinerancia mental y cordial como actitud permanente de quien anda todavía en búsqueda. El Dios de Jesucristo que nos habla en una historia cambiante, más que seguridades instaladoras, nos da confianza para salir continuamente de nuestra propia tierra mirando hacia la tierra prometida. Siendo la Iglesia comunidad que vive al mismo tiempo el latido de este mundo y la confianza total en la Palabra que es Jesucristo, será capaz de ofrecer a todos los seres humanos la Buena Noticia: en ese misterio que a todos nos habita o, mejor, en que todos habitamos, se hace presente Alguien que incondicionalmente nos ama, nos origina y nos sostiene.

Cada vez emerge con más fuerza el reclamo de la subjetividad que frecuentemente degenera en el individualismo que nos destruye. Pero también es innegable que la subida del individuo ha traído liberaciones que no podemos negar, y posibilita el ejercicio de la libertad. La legítima autonomía de las realidades seculares y su funcionamiento con la propia racionalidad, sin la indebida tutela de la religión, así como la sana laicidad, amenazada por el laicismo y por el confesionalismo político, son signos positivos de nuestro tiempo. Si bien este profundo cambio cultural implica la muerte para muchas formas e instituciones sociales y eclesiales, dejemos que muera lo que tiene que morir. Lo importante y esperanzador es acoger lo nuevo que quiere nacer y el coraje para construir el futuro desde los brotes que ya despuntan.

Según Gn 28,16, Jacob, cuando pasaba la noche posiblemente en las ruinas de un templo pagano, tuvo la visión de una escalinata que unía cielo y tierra, por ella subían y bajaban los ángeles del Señor. Entonces el vidente se dio cuenta: «Ciertamente el Señor está en este lugar y yo no lo sabía». Un episodio muy significativo para los

cristianos invitados hoy a vislumbrar la presencia de Dios en un mundo que procede cada vez más al margen de la Iglesia. Me impresionó positivamente un breve y sustancioso libro de Victor Frankl, *La presencia ignorada de Dios*. El título es bien significativo. Aunque muchas veces no seamos conscientes, hay una Presencia que de algún modo deja impresa su voz en la intimidad de todo ser humano y continuamente impulsa también a toda la creación.

4. Por eso hablo de «Huellas con futuro». La huella es ya presencia. No solo de alguien que ha pasado por allí, sino también de Alguien a quien conoceremos solo caminando en su búsqueda y rastreando las señales que haya ido dejando a su paso: «y todos cuantos vagan de ti me van mil gracias refiriendo, y todos más me llagan y déjanme muriendo un no sé qué que quedan balbuciendo» (Juan de la Cruz).

Digo «en algunos signos» porque no pretendo ser exhaustivo. Ya estaba terminando de redactar estas páginas, cuando tuvo lugar la inesperada renuncia de Benedicto XVI, y la elección de un nuevo papa. La Iglesia tiene aún pendientes la recepción del Vaticano II y el clamor de los pobres. Dicha renuncia y la elección de un nuevo papa latinoamericano que se ha querido llamar Francisco evocando al Pobre de Asís, pueden abrir camino para responder a esas demandas. Un signo del Espíritu que no podía faltar en este libro.

Sin embargo más que ofrecer un elenco exhaustivo de todos los signos nuevos que hoy emergen como indicios o señales del Espíritu, aquí pretendo destacar la nueva forma de mirar al mundo desde el corazón de Dios revelado en Jesucristo. Una mirada imprescindible para la salud evangélica de la Iglesia. Y a esa nueva perspectiva dedico un primer capítulo.

I

MARCOS EN QUE NOS MOVEMOS

Lo que se puede conocer de Dios está a la vista.

San Pablo

Ya quedó atrás interpretar la contemplación como paladeo intelectual de verdades sublimes que otros nos proponen. Los grandes místicos nos orientan hacia una contemplación de ojos cerrados pues Dios se revela «del alma en el más profundo centro». Pero ellos también sugieren que la verdadera contemplación cristiana postula caminar con ojos abiertos, pues el Creador «mil gracias derramando pasó por estos sotos con presura y yéndolos mirando con sola su figura vestidos los dejó de fermosura»¹. Los místicos verdaderos viven con todo realismo lo que significa la encarnación entendida como la presencia de Dios en los seres humanos y en el dinamismo creacional; una experiencia que debe suscitar en nosotros la mirada contemplativa y cordial sobre el mundo sostenido por el amor de Dios y sobre todos los seres humanos que son su imagen. Esta experiencia se desglosa en algunas coordenadas determinantes para enfocar los siguientes capítulos.

1. Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, III, 5.

1. VALOR SACRAMENTAL DEL MUNDO

Por mundo entiendo aquí la entera familia humana con el conjunto de realidades en que vive; una magnitud dinámica que se desvela en el proceso del tiempo. Aunque muchos errores y fracasos ensombrecen ese proceso, según la fe cristiana el mundo sigue bendecido por el amor del Creador y bajo el signo de la liberación realizada por Jesucristo. Consiguientemente en su evolución histórica, que siempre acompaña y anima el Espíritu, hay una presencia de gracia, y en este sentido es un sacramento, símbolo de una realidad sagrada.

El mirar de Dios es amar, y el amor engendra vida y comunica bondad. Según el relato bíblico de los orígenes, el Creador miró todas las cosas que había hecho y eran buenas; pero puso su mirada de modo especial en la creación del ser humano y vio que era «muy bueno». En la encarnación, esa mirada de amor se manifestó de modo singular y definitivo: «Tú eres mi Hijo a quien miro con amor»². Y como en la encarnación el Hijo de Dios se ha unido de algún modo a todo ser humano y a la creación entera, esa mirada de amor rejuvenece a todos y a todo: «Hemos conocido el amor en aquel que dio la vida por nosotros»³. Ocurra lo que ocurra, y aunque los seres humanos siendo libres podamos fracasar, la humanidad ha entrado en un destino de vida y tiene abierto un camino que nunca se cerrará.

Somos creados continuamente a imagen de Dios: «en él existimos, nos movemos y actuamos». Y no sólo se trata de la humanidad. Todas las criaturas están viniendo de un amor que las origina. Así lo celebra la liturgia: «de mañana te encuentro Vigor, Origen Meta de los sonoros ríos de la vida; estás de corazón en cada cosa; no hay

2. Lc 3,2.

3. Jn 3,16.

brisa sino alientas ni soledad en que no te hagas fuerte». Por eso podemos descubrir a Dios en todas las cosas amándolas y cantar: «todo es presencia y gracia»⁴.

Hay una presencia inabarcable de amor que impulsa la evolución de la historia y los anhelos más altos de la humanidad. Evolución y anhelos que han encontrado ya luz y realización en la Palabra encarnada. Así lo sugiere una invocación de la antigua liturgia en la muerte de Jesucristo: «extendidos tus brazos en la cruz atrajiste todas las cosas». Según la genial visión de San Pablo sobre la historia de la humanidad y de la creación entera, que por fin encuentran su plenitud en la resurrección de Cristo. Nuestra historia es el tiempo en que los seres humanos vamos dejando que esa Presencia emerja en nuestras vidas y en el dinamismo creacional hasta que Dios «sea todo en todo»⁵. Por eso la celebración litúrgica se abre al nuevo día: «en la clara mañana tu sagrada luz se difunde como una gracia nueva; que nosotros vivamos como hijos de luz y no pequemos contra la claridad de tu presencia»⁶.

La visión positiva del mundo y su valor sacramental da pie para sugerencias de gran actualidad.

1.1. La historia entra en la constitución de la Iglesia

La Iglesia tal como la pensó el Vaticano II no sólo quiere caminar con la humanidad y servirla; se siente solidaria de todos los seres humanos y partícipe de su aventura común. Como acontecimiento del Espíritu, en el dinamismo de la Iglesia entra también el acontecer del mundo. La Iglesia quiere caminar con la humanidad.

4. Cor 15,28.

5. Hch 17,28. Himno en la liturgia de Hora Intermedia.

6. Himno *Cristo, alegría del mundo*, laudes en tiempo de Pascua